

EL PODER DE LA LUZ

*Elisabetta
Gnane*



FAIRY OAK

i Libri



della Quercia

Proyecto artístico de Elisabetta Gnone
Cubierta: Barbara Bargiggia, con la colaboración de Alessia Martusciello
Diseño y maquetación de páginas en color: Barbara Bargiggia
Maquetación de páginas en blanco y negro: Thomas Fabbian
Ilustraciones: Alessia Martusciello, Lucio Leoni y Roberta Tedeschi
Colores: Barbara Bargiggia
Asesoramiento argumental: Guido Gnone

UNA PRODUCCIÓN



Visita el pueblo del Roble Encantado en

www.fairyoak.com

info@fairyoak.com

Título original: *Fairy Oak. Il Potere della Luce*
© del texto y las ilustraciones: Elisabetta Gnone, 2014
Traducción del italiano de Miguel García

© 2009 *i Libri della Quercia*. Elisabetta Gnone

Destino Infantil & Juvenil
info@infantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Fotocomposición: Infillibres
Primera edición: octubre de 2014
ISBN: 978-84-08-13197-7
Depósito legal: B. 18.473-2014
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Elisabetta Gnone

FAIRY OAK

El Poder de la Luz



III

*A Laura, reina de corazones,
y a Claudia, princesa de las flores.
Y al reino de brujas, magos,
gnomos, perros y gatos que las rodea.*

Un frotcillo de nariz a: Pà Avavite, M., Gudandà, Gigia
y Naphtalina. Y gracias de todo corazón a Will y a Billie.

Bueno, ya estamos aquí, unas páginas más y conoceréis toda la historia. Ha sido larga y trabajosa, y a veces también ha dado mucho miedo, pero no han faltado encantadoras sorpresas ni demostraciones de gran valentía, confianza y lealtad.

¡La que viví en Fairy Oak fue la aventura de las aventuras! No estuve presente en todos los acontecimientos, es cierto, muchos me los contaron después quienes sí estuvieron y vieron lo que estoy a punto de contaros a mí vez. No tiene importancia.

Porque seguro que ahora lo único que os importa es saber qué les ocurrió a Pervinca y a Vainilla, y a los demás habitantes del pueblo del Roble Encantado.

Así pues, empecemos...



La primera señal



Un gran copo de nieve cruzó por delante de nuestra ventana. Como solía hacer por las noches, había abierto mi diario para ponerlo al día. Pero enseguida mis pensamientos habían echado a correr, más veloces que la pluma. Incapaz de darles alcance con la escritura, había cerrado el diario y, tras remeterles las mantas a las niñas, había buscado el descanso en mi ovillo de lana.

Con la llegada de los primeros fríos, un ovillo sobrante de los jerséis de las niñas se había convertido en mi cama, en lugar de la miga de pan, y a mí me había alegrado porque, aparte de calentarme, la lana desprendía el olor a las ramitas de abrotano que Dalia metía en cajones y armarios. Galentita, en aquel olor familiar, miraba la noche y pensaba.

¡Cuántas cosas habían sucedido desde mi llegada a Fairy Oak!

«Los primeros días no hacía más que sorprenderme», recordé con una sonrisa. Siempre boquiabierta, pregun-

tando qué era esto o aquello... ¡Qué hadita más tonta y poco preparada era! ¡Y qué cara puse la primera vez que vi las casas del pueblo, de tejados empinados y muros de piedra! Oh, eran preciosas, con amplios jardines y verandas, pero también nuevas para mí, que venía del reino de los Rocíos de Plata, donde no había casas, sino sólo prados y flores, y tranquilas lagunas. Me maravillé al descubrir que también los seres humanos amaban las flores; tanto las amaban que, en invierno, las cultivaban resguardadas del frío en casitas transparentes que llamaban invernaderos. El de mi familia estaba pegado a la pared más soleada de la casa, y allí se extendía, cómodo y tranquilo, como un gato con la tripa llena, entre exuberantes rosales, matojos de lavanda y hierbas aromáticas: malva, romero, menta, estragón... Al otro lado, en el más sombrío, crecían, en cambio, las azaleas y los rododendros. ¡Y cómo crecían! Con los años, habían ocultado el antiguo sendero que llevaba al jardín y, de mayo a junio, se cubrían de flores tan grandes como las pelotas con que jugaban los niños en las plazas al sol del pueblo. Flores blancas, rosa, violeta...

A lo largo de la valla que bordeaba la calle proliferaban las hortensias, mis preferidas; siempre esperaba ansiosa su floración, que llegaba poco después de la de las majestuosas y elegantes peonías. Era un jardín magnífico el de mi familia.

¡Y la forma de las vestimentas! Ahora que me acuerdo, también fue una sorpresa. El ruido que hacían, sobre todo en invierno, cuando mágicos y sinmagia llevaban tantas prendas puestas, una encima de la otra, para protegerse del frío: *fru... fru...* hacían los largos vestidos de Lala Tomelilla, *fru... fru...* se oía cuando salíamos a hacer la compra, *fru... fru...* cuando se abrazaban entre ellos. Y también olían bien, con aromas a bizcocho, a flores, a casa... Ah, los olores de Fairy Oak, ahora los conocía bien, pero la primera vez que olisqueé el vino y el pan recién sacado del horno, ¡hadamía!, a punto estuve de desmayarme. No porque no fueran buenos, entiéndase, sino porque en el reino de los Rocíos de Plata no existía nada parecido. Ni el perfume de la hierba recién cortada, ni los efluvios de la uva prensada, ni el aroma de las tartas de moras o el olor cálido del humo que en invierno salía de las chimeneas y picaba en la nariz, ni mucho menos el del mar durante una tormenta... Tuvo que transcurrir todo un año antes de que aprendiera a reconocer las estaciones por las costumbres de los seres humanos.

Habían pasado diez desde entonces, diez años desde mi primer encuentro con quien, mandándome llamar, había cambiado mi vida.

«Querida Tomelilla, conocerla ha sido la mayor emoción», pensé, arrebujándome en mi ovillo. La estufa había quemado el último leño de la noche y el aire de la

habitación empezaba a enfriarse. «¿Cuánto tiempo todavía?»

«... Si aceptas, tu trabajo con nuestra familia durará quince años, transcurridos los cuales serás libre para ocuparte de otros niños.»

Eso escribía mi bruja en su carta. Así pues, otros cinco años y, después, las niñas serían lo bastante mayores para arregárselas solas y yo tendría que dejar aquella casa. Volví a estremecerme al pensar que el tiempo había pasado volando.

¡Cuántas cosas habíamos vivido! Cosas buenas, cosas malas, cosas sombrías y emocionantes, ¡desde el primerísimo día! De una punta a otra de aquel pasillo esperando que nacieran... ¿y luego? Por fin llegaron, con doce horas de diferencia entre una y otra, Pervinca y Vainilla, idénticas y distintas desde aquellos mismos instantes. Pero no descubrimos cuánto lo eran hasta el día en que el enemigo lanzó su primer ataque: mientras luchaban por defenderse, Vainilla reveló que era una bruja de la Luz y Pervinca, una bruja de la Oscuridad. Entonces todo resultó claro: su distinto carácter, sus temores, sus pasiones siempre opuestas.

«Pobre Tomelilla —pensé—, cuánto lamentó no haberlo adivinado, pero ¿cómo podía saberlo? ¡Jamás se había dado que hermanos o hermanas poseyeran poderes opuestos!»

Desde entonces estábamos en guerra.

En los últimos meses, los ataques del enemigo se habían hecho más frecuentes y feroces, y el miedo se había adueñado de los ánimos como las malas hierbas se adueñan de los campos. Incluso en los escasos momentos de paz era difícil extirparlo. Más bien se extendía, iba ganando terreno y dejando cada vez menos espacio a la alegría y las sonrisas. Y como siempre sucede cuando la libertad de un pueblo y su supervivencia pasan por una dura prueba, la confianza y la paciencia desaparecen. Así, también en Fairy Oak se habían instaurado la desconfianza y el rencor.

Eran días malos de verdad, y para nuestra familia lo eran milvecesmilmás. Y eso porque, ahora lo sabíamos, ¡él quería a las gemelas!

Tomelilla me lo había explicado bien: Luz una, Oscuridad la otra, unidas por la sangre y por el amor, Vainilla y Pervinca representaban aquello contra lo cual el Terrible 21 luchaba desde siempre, el equilibrio y la armonía. La vida.

Por eso había intentado raptarlas, por eso asediaba nuestro pueblo: para capturarlas y llevárselas. Quizá a una sola, pues le bastaba con separarlas, con hacer que alguna se alejase de la otra, con el pensamiento y con el corazón, para que la antigua alianza entre Luz y Oscuridad se rompiera. Entonces él sería el rey.

El despiadado rey de una tierra a oscuras.

Me volví para mirarlas. Habría hecho lo que fuera para protegerlas. No sólo dejar de dormir, sino también de comer, de beber, de existir, si era necesario. Eran mis niñas, las había visto crecer y, para un hada, eso crea un lazo irrompible; sus lindas caras, sus naricitas respingonas, sus cabellos rebeldes, sus mejillas blancas, su respiración leve... eran las cosas más familiares para mí. Las quería profundamente y no permitiría que nadie les hiciera daño.

Sin embargo, en aquellos días funestos había ocurrido algo que ahora me hacía sentir más impotente que nunca frente al enemigo.

Durante la última batalla, pese a que criaturas terroríficas y espantosas rodearan Fairy Oak, Pervinca se había alejado del pueblo. Al día siguiente, serena y sin un rasguño, y aparentemente sin miedo, había regresado. ¿Dónde había estado? «Caí en una trampa», había contado. ¿Qué clase de trampa? Ella no lo había explicado y eso me tenía un tanto inquieta.

También aquella noche, pese a que todo estuviera en calma, algo me perturbaba. Acallando mis pensamientos un instante, me di cuenta de que dentro, y fuera también, el silencio era tan absoluto que llegaba a molestar en los oídos. Ni un ruido, ni siquiera el de la madera que a aque-

lla hora crujía al escapársele el calor del día; ni una hoja seca que temblara con el aliento del invierno, ni un búho que ululara, ni una lechuza...

«Qué extraño —pensé—, es como si esta noche de quietud estuviera en vilo, en una oscura... espera.» Incluso los árboles, que siempre habían sido amigables conmigo, me miraban con expresión hostil. Las finas ramas negras parecían afilados garfios listos para apresar... «¿Quién, quién se esconde en la oscuridad?», me pregunté atemorizada. ¿Iba a ocurrir algo? Mis antenas no vibraban... Bueno, pero eso no significaba demasiado.

Miré el cielo en busca de alguna señal y, para mi sorpresa, lo encontré mudo, con la faz de un solo color.

«También esto es insólito —me dije—, ¡es de noche y el cielo está gris!»

Mi pensamiento corrió enseguida al Terrible 21 y, de pura desazón, hablé en vez de pensar.

—¡El enemigo anda de nuevo a la caza! —dije en voz alta.

Inmediatamente, un arrebato de rebelión me invadió y se impuso. «No, no, no... —protesté para mis adentros, sacudiéndome de encima los malos pensamientos—. Son tus ojos cansados, Felí, y la angustia y las preocupaciones de estos días los que te impiden vislumbrar esperanzas. No es un nuevo ataque lo que el valle siente llegar, sino una señal de paz.»

Y en el fondo, ¿por qué no? Después de tantos meses de batallas, enfrentamientos y sustos, ¿acaso no nos merecíamos una pequeña señal de esperanza que nos infundiera valor y serenidad a todos nosotros, tan debilitados? Que llegara, pues, y pronto.

«Oh hadadelashadas, si está a punto de suceder algo, haz que sea buenacosa...», rogué mirando afuera.

No había terminado de pensarlo cuando un copo de nieve entró en el inmóvil cuadro de la ventana y, ajeno al tétrico panorama que yo veía por ella, le dio vida danzando de norte a sur. Fulminada por aquella visión, salí del ovillo, atranqué la ventana con un encantamiento de hada... y volé para ir con Tomelilla.

Una sombra de miedo



*Y*o era la única luz de la casa y mi resplandor formaba un círculo de luz en torno a mí. Un círculo pequeño, aunque suficiente para alumbrar las estrechas paredes de madera de la escalera y los rostros retratados en las fotos colgadas a uno y otro lado: los abuelos de Dalia y Tomelilla, algunos tataratíos abuelos, Tomelilla el día en que recibió su primer premio, Dalia con las niñas, Cícero con el catalejo, Vainilla con un pajarito posado en su dedo, un gato enroscado en una maceta de brezo, las niñas en su primer día de colegio, una niña pecosa con un gracioso perro en brazos, el diploma de «Meteorólogo Capacitadísimo» de Cícero, los diplomas de aprendices de bruja de las niñas, yo abriendo mucho los ojos delante del tarro de mermelada el día en que Tomelilla me lo regaló, unos elegantísimos Dalia y Cícero en pequeños troncos de terciopelo rojo el día de su boda, el pueblo en un día de nudos... «¿Y ésta? No la recordaba», me dije, deteniéndome un momento ante la última foto.

«Esperemos que Tomelilla no duerma demasiado pro-

fundamente. O, más bien, esperemos que no esté durmiendo; ¡si lo está tendré que alzar la voz y los despertaré a todos!»

Llamé a su puerta. ¡*Toc, toc, toc, toc!*

—¡Soy Felí, Tomelilla! ¡Tengo que decirle algo!

—Entra —dijo calmadamente su voz desde dentro.

Empujé la puerta y, como la cama se encontraba vacía, la busqué en la oscuridad. Estaba delante de la ventana, de rodillas sobre un cojín. Vestía la suave bata de lana azul sobre la que, en aquel momento, resaltaba su trenza blanca que le caía por la espalda. Miraba afuera con los codos apoyados en el antepecho y la barbilla entre las manos.

—¿Tú también lo has visto? —me preguntó—. Me encanta cuando nieva en Fairy Oak.

—Oh, a mí también —dije, y alcé un poco la voz—. ¡Porque la nieve es nuestra A-MI-GA! ¡No cree, Tomelilla, que la nieve es nuestra A-MI-GA?

Ella me miró extrañada.

—¿Qué te ronda por la cabeza, o es que te has tragado una cartilla escolar? ¿Y por qué gritas tanto?

—¿Se acuerda de aquel invierno, cuando Vainilla, muy pequeña, se alejó de casa para jugar en la nieve y dimos con ella siguiendo sus huellas? ¡Y piense en lo mucho que se divierten los niños jugando a los juegos de medianoche que organizan ustedes en el jardín cuando hay mucha nieve!

Ella reflexionó un momento.

—Es cierto que esta nevada podría proporcionarnos alguna ventaja. En la nieve se dejan huellas muy visibles y al oscuro enemigo podría resultarle más difícil esconderse.

—¡Exacto! —exclamé, contenta de que me hubiera entendido—. La capa negra de los emisarios resaltarán como el ala de un cuervo y eso facilitará la tarea de la ronda que vigila el pueblo. Y también la nuestra, la de las hadas, debo reconocerlo. Por no hablar de la reverberación; ¡mientras haya nieve, no habrá nunca una oscuridad total! ¡La nieve está de nuestra parte!

Ella sonrió y volvió a mirar afuera.

Nos quedamos calladas unos instantes, mientras la nieve silenciosa borraba los contornos y uniformizaba el mundo a nuestro alrededor.

Pero de repente algo pasó volando por delante de la ventana e hizo remolinear los copos.

—¿Qué era eso? —pregunté, alejándome asustada de los cristales.

—¡No tengo ni idea! —exclamó Tomelilla.

En ese instante, la puerta de casa se cerró dando un golpe. ¡BLAM!

Nos volvimos al mismo tiempo y, con el corazón en un puño, corrimos escaleras abajo.

En el rellano inferior encontramos a Cícero en pijama, que bajaba por delante de nosotras.

—¿Tú también lo has oído? —le preguntó Tomelilla.

—S-sí —contestó él, todavía medio dormido—. ¿Ha salido alguien?

—¡O ha entrado! —apuntó Tomelilla—. ¡Vosotros id a la habitación de las niñas, yo voy abajo!

La puerta del cuarto de Vainilla y Pervinca estaba entreabierta, como yo la había dejado. La empujé y un rectángulo de luz iluminó a Pervinca o, mejor, lo que se adivinaba que era ella, porque las mantas la tapaban hasta más arriba de la cabeza. Entré seguida del señor Cícero. También Vainilla dormía, estirada boca arriba, como solía, con una mano detrás de la cabeza y una rodilla doblada.

—Arriba todo está tranquilo —le dije a Tomelilla al llegar hasta ella en la planta baja—. ¿Y aquí?

—Aquí también parece tranquilo —me contestó ella, que venía de la cocina. Con las prisas, se le había olvidado ponerse las pantuflas y caminaba de puntillas sobre el frío suelo de piedra.

—Bien, entonces me vuelvo a la cama —dijo Cícero desde la escalera.

—También nosotras —dije, mientras Tomelilla, detrás de mí, meneaba perpleja la cabeza.

—Me preguntó qué habrá sido ese rui...

Se calló y dio lentamente un paso andando hacia atrás.

—¿Qué ocurre? —pregunté en voz baja.

Ella no me contestó. Había apoyado los talones en el suelo y caminaba sin moverse del sitio.

—¿Qué ocurre? —le pregunté otra vez.

—Aquí, el suelo está mojado —dijo.

—¿Mojado?

—Sí, ¡alguien ha entrado!

—Pero si sólo está mojado ahí...

Intuyendo lo que pensaba, Tomelilla dio unos pasos alrededor.

—No, por aquí está seco —dijo, retrocediendo. Estaba pensativa. Luego, de improviso, tuvo un presentimiento—. ¡Quien haya entrado sabe volar! —exclamó con los ojos en forma de cristal de nieve mientras corría a la cocina. Salió de ella con un saquito blanco.

—Deprisa, avisemos a Cícero y a Dalia.

Subimos la escalera a todo correr y volvimos a sacar de la cama al pobre señor Cícero, y esta vez también a la pobre señora Dalia.

—¡Coged un puñado de harina y sopladla alrededor de vosotros! —les ordenó Tomelilla.

—¿Eh? —profirió Dalia, incorporándose en la cama, toda desgañada—. ¿Es ya la hora de hacer el pan?

—No, no, no, ¡esto no tiene nada que ver con el pan! —le contestó Tomelilla, que le pasó la bata—. Tiene que ver con un intruso. ¡Si se ha hecho invisible, esto lo delatará!

Dalia saltó de la cama.

—¿Alguien ha entrado en nuestra casa? ¡Pobres de nosotros!

—En realidad, no estamos totalmente seguras de que haya entrado alguien, es sólo una precaución —dije yo para tranquilizarla mientras Tomelilla le indicaba con un dedo que guardara silencio y se calmara. Temblando de frío y del susto, Dalia cogió la bata y se la puso por encima.

—No queremos provocar el pánico —dijo Tomelilla, abriendo el saquito de harina—. Por eso, dejemos que Vainilla y Pervinca duerman y tratemos de ser un poco astutos. Veamos, si fuese un mágico de la Oscuridad, podría desaparecer pero no desmaterializarse, ¿verdad? —Mientras se explicaba, Tomelilla empezó a repartirnos un poco de harina en las manos—. Y si, en vez de volar, anduviera, dejaría huellas, ¿cierto? Así que soplad continuamente harina alrededor de vosotros y, si veis huellas, gritad. Dalia, tú y Cícero inspeccionad la habitación de las niñas y el piso de arriba. Felí y yo rastreamos el resto de la casa.

Empezamos por el fondo, es decir, por donde la casa daba más miedo: primero fuimos a la Habitación de los Hechizos. Luego, tras recorrer en sentido inverso el pasillo y subir dos peldaños, Tomelilla abrió la puerta del lavadero; las sábanas tendidas se hincharon hacia nosotras y yo me asusté.

—¡Si sólo es la corriente, miedosilla! —me dijo mi bruja—. Mejor alumbra con tu luz ese rincón, ¡en lugares así es más fácil esconderse!

«¡Qué alegría me da!», pensé.

Tres peldaños más arriba del lavadero, a la derecha, estaba el cuartito bajo la escalera.

—¿También ahí dentro? —pregunté.

—¡Claro!

—Pero si ahí les cuesta entrar incluso a las niñas...

—¿Y? No sabemos cómo es de grande el intruso. Eso si es uno solo...

«¡Cielos!»

—Aquí no hay nadie. ¿Podemos volver arriba? —imploré, saliendo del cuartito más veloz que un rayo.

Por último entramos en la cocina, donde todo estaba ya listo para el desayuno y, desde allí, bajando un escalón, en el comedor; la estufa despedía aún algo de calor y por las ventanas vi que el jardín estaba ya blanco. Pasamos al salón de la chimenea, donde me sobresaltó un *cric*.

—Son las brasas, Felí, ¡nadie las ha apagado! —susurró Tomelilla, que añadió—: ¡Mal hecho! Nunca se sabe qué abriga la ceniza... Alumbra el tiro de la chimenea, sin quemarte.

—¿Tengo que meterme ahí dentro? ¿Pero si está todo oscuro!

—¡Por eso tienes que entrar tú, Felí! ¿O he de transformarme yo? Venga, que yo no me separo de ti...

Miramos detrás de las puertas y bajo los sillones, después de lo cual fuimos al estudio de Cícero y a la despen-

sa. Abrimos armarios, cajones, cada puerta y cada arcón de la casa hasta encontrarnos todos otra vez en el primer piso.

—Hemos soplado harina por todas partes —dijo Cícero, tomando a Dalia del brazo—. Ahora nos volvemos a la cama.

—Muy bien, muy bien —contestó Tomelilla—. Perdónad que os haya molestado.

Dalia hizo un gesto como diciendo «Figúrate» y nosotras, para mayor seguridad, comprobamos de nuevo la habitación de las niñas.

—¿Notas algo raro? —preguntó Tomelilla, entrando de puntillas.

Miré alrededor con atención: media habitación en perfecto orden, la otra media un completo desastre.

—Todo normal —respondí.

Tomelilla se levantó un poco la bata y, caminando como una grulla en un cañaveral, salvó los obstáculos que la separaban de la cama de Pervinca.

—Nunca me explicaré esta diferencia —rezongó—. ¡Parece como si en esta parte de la casa la fuerza de la gravedad predomine sobre la fuerza de voluntad!

Tenía razón: Pervinca era demasiado desordenada y sus cosas parecían destinadas a vivir esparcidas por el suelo o amontonadas en una silla.

En la parte de Vainilla, en cambio, cada objeto tenía su

sitio, su destino. La colección de gomas y lápices bien organizada en botes, los libros alineados en las repisas, los juguetes en su cesto, la cartera del colegio cerrada a los pies de la mesa, la ropa guardada, excepto un vestidito de lana a cuadritos grises y azules que estaba extendido sobre la silla, listo para que se lo pusiera al día siguiente.

Comprobé que el despertador estuviera puesto a la hora adecuada, di un golpecito al libro que sobresalía de la mesilla y me dirigí a la puerta pensando que Tomelilla haría lo mismo. Pero vi que, en cambio, se había sentado al lado de Pervinca y la miraba con los ojos llenos de aprensión.

Estaba muy recta, con las manos en el regazo, y se la veía incómoda. Por otra parte, estaba sentada sobre una montaña de ropa: la de aquel día, la del anterior, la del anterior al anterior... Pervinca la amontonaba tal como caía de semana en semana sobre lo que, en nuestro recuerdo, era una bonita silla roja de paja trenzada al modo tradicional de Fairy Oak.

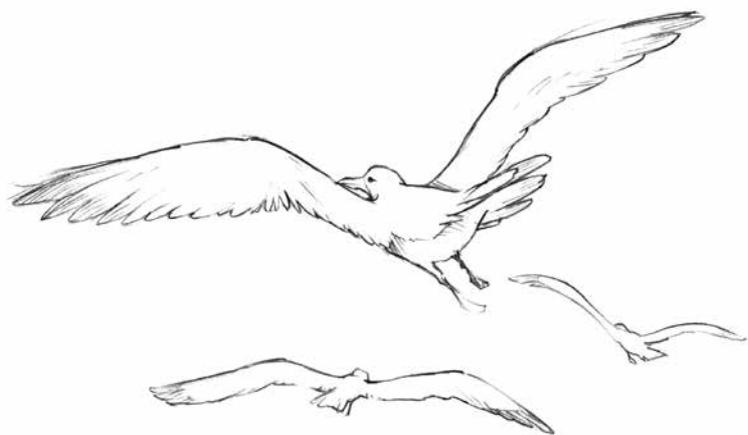
Sí, el desorden imperaba en el reino de Vi. Hasta su minúscula mesilla estaba atestada de objetos: el anillo de Grisam, la brújula mágica que le había dado Tomelilla, un vaso de agua que no había cambiado desde hacía días, una pinza para el pelo y tres libros, *Cómo criar una araña en casa*, el Libro Antiguo y un manual que le había pedido prestado a su padre, titulado *Rincones encantadores* y

senderos secretos del valle de Verdellano. Este último estaba abierto con las páginas hacia abajo. Tomelilla puso una señal y lo cerró. Luego, con un largo suspiro, se inclinó para darle un beso a Pervinca y se levantó. Cuando estaba cerca de la puerta, se tocó la parte trasera de la bata y, en ese momento, un gesto de amargura en las comisuras de su boca borró de su cara todo rastro de ternura.

—¿Va todo bien? —le pregunté en voz baja.

Ella no dijo nada y salió.







LIBRO PRIMERO

El Secreto de las Gemelas

Elisabetta Gnone



Fairy Oak es un pueblo mágico y antiguo, escondido en los pliegues de un tiempo inmortal.

El pueblo está habitado por criaturas mágicas y seres humanos, pero es difícil distinguir a unas de otros. De hecho, hadas, magos, brujas y ciudadanos normales viven en sus casas de piedra desde hace tanto tiempo que ya nadie presta atención a las rarezas de los otros. Y después de tanto tiempo, ¡todos se parecen un poco!

Todos salvo las hadas, que son muy pequeñas y luminosas... ¡y vuelan! Los magos y las brujas del valle las mandan llamar para que cuiden a los pequeños del pueblo.

Esta historia está contada, precisamente, por una de ellas: Felí, el hada de las gemelas Vainilla y Pervinca.



LIBRO SEGUNDO

El Encanto de la Oscuridad

Elisabetta Gnone



En Fairy Oak, el tiempo de la paz parece condenado a terminar, porque un antiguo enemigo ha vuelto en busca de revancha. El Señor de la Oscuridad quiere gobernar un mundo de tinieblas y, para ello, ha de destruir la otra mitad del poder mágico, la Luz. De la defensa se encargan los Mágicos, que ya en el pasado lograron rechazarlo, pero el Enemigo se infiltra entre ellos y la Antigua Alianza se debilita. La esperanza está puesta en las jóvenes Vainilla y Pervinca, las brujas gemelas, símbolos vivientes de la Alianza. Prosigue así, entre mil aventuras, el relato de Felí, la hadita luminosa a quien está confiado el difícil cometido de proteger a las brujas gemelas de Fairy Oak.



LIBRO TERCERO

El Poder de la Luz

Elisabetta Gnone



La guerra arrasa el valle de Verdellano.

Los habitantes de Fairy Oak organizan la defensa, pero la duda envenena sus ánimos: ¿Ha logrado el Enemigo interponerse entre las gemelas? ¿Se ha roto la Antigua Alianza entre Luz y Oscuridad?

Pese al cariño de Vainilla, Pervinca se ve obligada a huir, y es entonces cuando el Enemigo lanza el último ataque.

La muralla de Fairy Oak parece resistir, pero el Señor de la Oscuridad guarda aún una sorpresa que trastornará a los asediados... Pero quizá no todo sea como parece.

La Luz debe mostrar aún su poder y el amor esconde todavía un secreto. Con este tercer y emocionante episodio concluye la trilogía de Fairy Oak.